



## El Milagro de Konnersreuth

Hará cosa de 13 años que Teresa Neumann causó profunda sensación en el mundo científico y religioso. Durante ese periodo, centenares de miles han peregrinado a Konnersreuth, pequeña población de Alemania para ver a esta aldeanita que durante 13 años no ha tomado otro alimento que la Hostia en su diaria Comunión, sin que su peso normal de 55 kilos haya sufrido alteraciones.

La historia de este misterio comienza con la historia completamente normal y ordinaria de una aldeanita. Teresa Neumann nació el 9 de abril de 1898, la noche del Viernes Santo. Es la menor de diez hermanos. Su padre es el sastre del pueblo y propietario de una pequeña granja y unas cuantas vacas. Hoy es un hombre pobre que lucha por la existencia. Las enormes sumas de dinero que le han ofrecido compañías de cine, agencias de publicidad e información, deseosas de explotar en esa forma a su hija, siempre las ha rechazado categóricamente.

Teresa en la escuela no descolló y aun quedó por debajo de la medianía. En cambio su fortaleza física era notable, no menos que el fervor religioso que la acompañó desde muy pequeña. A los 16 años comenzó a trabajar en una hacienda, donde por la ausencia de hombres, movilizados en la guerra mundial, tuvo que hacer frente a todas las labores. Ella aró, sembró, segó y estercoló los campos y cargó sacos bien pesados. Su apetito en esta época era insaciable.

El 10 de Marzo de 1918, mientras trataba de apagar un incendio, cayó de lo alto de una escalera de mano. Seis años y medio quedó inválida, condenada a estar en la cama. A su caída se le fracturaron dos vértebras de la espina dorsal: por eso ya no se podía sentar en la cama. En el otoño de 1919 quedó ciega: su oído izquierdo, sordo, parcialmente paralítica y prácticamente perdió el

sentido del tacto. A fines de 1922 sufría de disnea y a principios de 1923 su pie derecho comenzó a retorcerse. Efecto de los años pasados tendida en cama, se le formaron llagas en la espalda que manaban sangre y agua y despedían un hedor insoportable. Ya no podía mover más que la mano derecha. Saturada de dolores y casi moribunda, vivió en estado de religioso éxtasis. Se sentía íntimamente unida a su patrona y tocaya Teresita del Niño Jesús.

El 29 de Abril de 1923, Teresita fué beatificada y ese día Teresa Neumann experimentó el primer milagro. Bañada en deslumbradora y celestial luz oyó una dulce voz que le preguntaba: ¿Deseas verme de nuevo, querida niña?

“Mi voluntad es la de Dios, replicó. De repente, la oscuridad que por años la envolvía, se esfumó. Después de cuatro años de ceguera, veía con absoluta precisión.

Dos años más tarde, el 7 de Mayo de 1925, su tocaya fué canonizada. En el momento en que Cardenales y Obispos se reunían en Roma, curó de su parálisis. Las llagas del cuerpo se cicatrizaron y su piel quedó suave y fina como la de un niño. Podía levantarse y pasear por primera vez, después de seis años y medio. En Octubre de este año, comenzó a rechazar toda comida, aunque todavía toleraba la bebida. En la Navidad de 1926 perdió el gusto por el alimento líquido. Desde ese día hasta ahora, trece años, ha vivido solamente con la Hostia que recibe en la Sagrada Comunión. En la Cuaresma de este año aparecieron los primeros estigmas. Desde entonces por doce años consecutivos, ha sufrido, semana tras semana, la crucifixión de Nuestro Señor.

Los investigadores científicos que han estudiado las Pasiones de Teresa Neumann han llegado unánimemente a estas tres conclusiones:

## A TRAVES DEL MUNDO

- 1) No pueden explicar el fenómeno.
- 2) Hay veracidad en Teresa;
- 3) Nunca han encontrado otro ser humano capaz de resistir lo que Teresa soporta.

El Viernes Santo de 1926 aparecieron los primeros estigmas en las manos y pies y desde el viernes 25 de Marzo de 1927 le brotaron las cicatrices de la corona de espinas que despedían sangre fresca cada vez que pasaba por esa prueba terrible. Había intervalos de 10 a 20 minutos entre cada éxtasis sucesivo. Durante estas pausas, ella cuenta lo que ha pasado. Sus descripciones son como las de un niño que ve y oye pero no puede razonar. Incidentalmente usa el tosco dialecto popular, aunque por lo general su estilo es moderadamente culto. Fuera de la persona de Jesús que absorbe por completo su mente, a nadie conoce por su nombre.

Pedro es "el hombre que corta orejas"; Juan es "El Joven"; "Pilatos el que no tiene barba ni pelo en su cabeza"; Caifás es "el hombre alegre con su larga barba blanca"; Herodes "el hombre rojo". Teresa ha olvidado cuanto aprendió en sus clases de Historia Sagrada. Siente simpatía por Pilato porque trata cortesmente a Jesús; y por Judas porque besa a su Maestro. Nada conoce de la traición que encierra aquel beso. Por otra parte su repulsión por San Pedro es violenta, por ser el primero en derramar sangre cortando la oreja de Malco.

Su completa ignorancia de lo que va a suceder es angustiosa en extremo. Siempre cree que Jesús en el último momento será libertado. Cuando ve la muchedumbre y los portadores de la cruz que salen de la ciudad, grita: "Corran rápido, avisen a la Madre del Salvador que le han dejado libre. "Aun en el lugar de la crucifixión se consuela con estas palabras: "Ellos solamente le obligan a traer los maderos hasta aquí. "Cristo no lleva su Cruz sino tres planchas de madera que serán clavadas en la cima del Gólgota. Cuando Jesús, después de azotado, trata de acercarse a sus vestidos, un espectador los arrincona con su pie. Incidente análogo al relatado por Catalina Emmerich. La ira de Teresa se enardece por esta mez-

quina acción. "Díganle a ese vagabundo exclama, que deje en paz los vestidos".

Ella increpa a los hombres que se burlan de Cristo en la coronación de espinas. ¡Borrachos! y finalmente se vuelve a Getas, el mal ladrón y le reprende. "Habla más paso en la presencia de Nuestro Señor".

Mientras Teresa defiende tan apasionadamente al paciente Salvador, al mismo tiempo participa en sus agonías. Unas gotas de sangre brotan de sus ojos. Una hora más tarde hilos de sangre manan de cada poro de su blanco rostro.

Cuando los soldados asientan la corona de espinas sobre la cabeza de Cristo, ocho heridas se abren en la suya propia. Maros y pies quedan inmóviles. Ella trata angustiosamente de arrancarse las espinas que taladran su cabeza. Su cuerpo se vuelve violentamente rígido al acercarse la cruz y sus ojos se clavan perpendicularmente en el techo. Cercano está el fin. La contracción nerviosa del rostro se apacigua gradualmente; los agarrotados y torturados dedos se relajan; por último su cuerpo se alza, se voltea al lado izquierdo de la cama y cae pesadamente sobre las almohadas, sin movimiento y sin vida.

Los espectadores de este profundo misterio rodean mudos y aterrados el cadáver céreo y sangriento de una pobre muchacha, torturada hasta la muerte ante sus admirados ojos.

A la mañana siguiente, Teresa nada recuerda. Han desaparecido los estigmas con todas las heridas. Se levanta y pasea en su cuarto y hasta sale por el pueblo. Cierro que ella camina más bien sobre los talones porque las plantas de sus pies aun están tiernas y cuando quiere abrir una puerta se sirve de sus codos por no tener fuerza suficiente en sus manos. Cada viernes pierde cinco kilos en sangre, pero recobra su peso normal durante los seis días de la semana. Nada come y nada bebe. Vive hasta que Dios la llame a Sí.

Los problemas diversos que plantean estos hechos han sido estudiados detenida y científicamente sin que se haya llegado a una explicación satisfactoria.

V. I.

# CUBILLAN & Ca

ALMACEN DE VIVERES

SALV. DE LEON A. COLISEO 35

TELEFONOS 3570-3571